

NOTAS Y COMENTARIOS

UNA INTRODUCCION A LA FE CATOLICA

(EL DISCUTIDO CATECISMO HOLANDES)

URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL

El nueve de octubre de 1966 apareció el ya célebre catecismo holandés, con el título: *De Nieuwe Katechismus, geloofsverkundiging voor volwassenen* ¹. Y no se crea que es una obra producto de la irreflexión, ligereza o improvisación; al contrario, es un libro que se ha venido madurando durante varios años. Estos varios años son exactamente diez, ya que en 1956 el episcopado holandés, muy al corriente de la realidad espiritual de sus fieles, había rogado al Instituto Superior de Catequética de Nimega que preparase una nueva redacción del catecismo para niños; la última de estas ediciones databa de 1948. Este trabajo no llegó a terminarse. Dos hechos influyeron en ello. Primero, la siguiente reflexión: para saber lo que hay que incluir en un catecismo para niños, antes habrá que precisar qué es lo que hay que decir a los adultos; y segundo, sobre todo, el congreso internacional de catequistas, Londres, 1961. La tesis que flotó en este congreso es que la catequesis ha de tener por objeto principalmente los adultos, sin que por ello se descuide la formación religiosa de los niños.

Muy sensible el episcopado de los Países Bajos a las realidades de nuestra época, aceptó como suya esa directriz catequista. Entregados a la tarea, en 1962 se había redactado ya un esquema amplio —unos 200 folios— sobre catequesis de adultos. Sobre este guión 150 especialistas: teólogos, psicólogos, educadores, sacerdotes y laicos se pusieron a trabajar aportando las observaciones pertinentes. Mediado el año de 1963 se inicia, por grupos, la redacción definitiva. Antes de dar la última mano se tuvo la precaución de esperar a que terminase el Concilio Vaticano II para introducir en él las últimas enseñanzas del Magisterio. Impreso ya, este catecismo, que había sido redactado por el Instituto Superior de Cate-

1. *El nuevo Catecismo, un mensaje de la fe para los adultos.*

quética de Nimega, publicado por el episcopado holandés, con el *imprimatur* del Cardenal Bernardo Alfrink, fue presentado por este mismo Cardenal el nueve de octubre de 1966 con una homilía en la catedral de Utrech, previo envío de un ejemplar, en un plan de delicadeza, a Pablo VI. Poco después lo presentaba también el mismo Alfrink en una conferencia de prensa.

Piedra de contradicción.

La publicación fue un éxito excepcional; se acercan al medio millón los ejemplares vendidos en la edición original, sin contar las traducciones de que luego hablaremos. A pesar de ello, en noviembre del mismo año, un mes por tanto después de la publicación, un grupo de católicos holandeses escribió una carta alarmante a Pablo VI pidiendo su intervención antes de que el catolicismo de los Países Bajos terminase de hundirse. La carta pone de relieve los siguientes temas: la creación del alma y su carácter espiritual e inmortal, pecado original, la eucaristía, la virginidad de María, existencia de los ángeles, modo de presentar el protestantismo y regulación de los nacimientos. Y en general se dice que el catecismo contiene muchas cosas que son, o bien contrarias a la fe, o que su enunciado es ambiguo; que muchos dogmas se exponen de una manera diferente a como lo ha entendido y lo entiende la Iglesia, y todo ello a pesar del anatema del Vaticano I.

Parece ser que Pablo VI se preocupó de este catecismo antes de recibir la denuncia de los católicos holandeses. Punto este de menor importancia, el caso es que en Roma se nombró una comisión de teólogos integrada por E. Dhanis, J. Visser, y B. Leemer. El episcopado de los Países Bajos designó otra formada por W. Bress, E. Schillebeeckx y P. Schoonenberg. Del 8-10 de abril de 1967, ambas comisiones se reunieron en Gazzada (cerca de Milán). Los puntos a estudiar presentados por la comisión romana eran estos: concepción virginal de Jesús, pecado original, satisfacción que Cristo ofreció al Padre, la ofrenda sacrificial y propiciatoria de la cruz, sacrificio eucarístico, presencia eucarística de Cristo, conversión eucarística, existencia de los ángeles, creación inmediata del alma humana, vida futura, algunas cuestiones de moral, regulación de los nacimientos, Primado del obispo de Roma, milagros.

Junto con este programa se presentó también a la comisión holandesa una carta que Pablo VI había dirigido al Cardenal Alfrink en la que el Papa se limitaba únicamente a tres puntos: la concepción virginal de Jesús, el carácter satisfactorio de la muerte de Cristo en la cruz y existencia de los ángeles y demonios. Deseaba una mayor precisión sobre los mismos.

El resultado de las discusiones de Gazzada fue prácticamente nulo; la aportación única positiva fue poner más de relieve las diferentes posturas de los dialogantes.

Figuraba también como materia de diálogo otros cuarenta y cinco puntos de menor importancia y a ruegos de la comisión holandesa no se discutieron. Al terminar las discusiones se redactó, por escrito y en latín, un informe que recogía el punto de vista de cada comisión sobre cada uno de los temas tratados. El episcopado holandés hizo suya la postura de sus teólogos. Ante resultados tan negativos, y porque en Roma se consideraba que el catecismo afectaba a toda la Iglesia, se nombró una Comisión de Cardenales, que se dice internacional, cuyos miembros eran los siguientes: Frings, Jaeger, Lefevre, Florit, Journet, Browne. En esta designación intervino el Papa personalmente. Este grupo de cardenales nombró a su vez otra Comisión de teólogos para el exámen del catecismo. Entre éstos figuran: J. Ratzinger, prof. en Münster, y J. Alfaro, prof. en la Gregoriana. En otoño se reunieron en Nemi. Se redactó también aquí un informe final firmado por todos; los teólogos que no pudieron asistir enviaron su opinión por escrito. La Comisión cardenalicia aprobó por unanimidad el 24 de diciembre de 1967 el informe de los teólogos con algunas adiciones de poca importancia. Es de notar que en el verano de este mismo año 1967 los autores del catecismo habían enviado al apiscopado holandés una nueva redacción de los puntos discutidos y éstos la transmitieron a Roma. Aquí se consideraban insuficientes las modificaciones.

La Comisión de Cardenales decidió el que el informe que ellos habían firmado en diciembre fuese ejecutado por una Comisión formada por dos teólogos delegados por la Comisión cardenalicia y aprobados por Alfrink, los PP. Dhanis y Visser, y otros dos delegados asimismo del episcopado de los Países Bajos: Fortmann, rector del Seminario Mayor de Utrech y Mulders, colaborador del Instituto Catequético de Nimega. Mulders no aceptó la comisión y además el primero de febrero explicó en la radio holandesa por qué no aceptaba las modificaciones propuestas. Y como no había tiempo de buscar un sustituto, la Comisión no contó más que con tres miembros.

La tarea de estos teólogos no era la de discutir, puesto que la discusión se consideraba cerrada después de los encuentros de Gazzada y Nemi, sino la de *redactar*; se podía únicamente discutir la formulación. Tarea difícil, puesto que no es fácil saber distinguir entre lo que es esencia de una verdad y su formulación. La colaboración de Fortmann, muerto hace poco, ha sido valiosa, según datos fidedignos. Los puntos a redactar son los catorce discutidos en Gazzada, más otros cuatro: el misterio de la Trinidad, el sacerdocio universal y el sacerdocio ministerial, la verdad inmutable y sus expresiones sucesivas, pecados mortales y pecados veniales. También se pide nueva redacción para otros treinta puntos más.

A finales de enero y principios de febrero 1968 se reúnen en Maarsen los tres teólogos. Ciento veintiséis páginas necesitarían nueva redacción, pero ad-

virtiendo que en muchos casos la redacción se refiere únicamente a algunas palabras y en otros a páginas enteras.

El catorce de marzo de 1968 las modificaciones introducidas por los tres teólogos se comunican a los autores del catecismo y en junio los autores comunican al episcopado holandés un informe muy detallado sobre las correcciones enviadas por los tres teólogos. A principios de septiembre el episcopado holandés no había tomado una decisión sobre el particular.

Versiones.

La primera versión se ha hecho al inglés con el título de *A new Catechism Catholic faith for Adults*. Apareció en septiembre de 1967 y fue publicada conjuntamente por Burns and Oates (Inglaterra) y Herder and Herder (U.S.A.) con un éxito también excepcional (se vendieron 75.000 ejemplares en dos meses); se le concedió la medalla *Thomas More* por la «contribución más distinguida a la literatura católica en 1967. Ha tenido también, a pesar de todo, sus dificultades. El obispo de Burlington que le había concedido el *imprimatur*, parece que en el último momento se lo retiró. El Cardenal Alfrink lamentó también la edición inglesa hecha antes de incorporar al texto eventuales modificaciones actualmente en discusión.

En los meses de mayo y junio circulaba ya la edición alemana publicada por Herder. El cuatro de junio de 1967 el Cardenal Frings de Colonia y Mons. Schaeufele, arzobispo de Friburgo en Brisgovia, publicaron un comunicado en el que tomaban una postura de oposición a la versión alemana antes de introducir las oportunas modificaciones, como en el caso de la versión inglesa.

Por fin llega la versión francesa con este título: *Une introduction à la foi catholique. Le nouveau catéchisme pour adultes réalisé sous la responsabilité des évêques des Pays-Bas*, Idoc-France. Es un volumen de 654 pp. que terminó de imprimirse el cuatro de junio de 1968.

La versión es obra de las religiosas agustinas de Sta. Mónica de Utrech, revisada por René Berthier, dada la última mano por el mismo Instituto Superior Catequético de Nimega, y todo bajo la dirección de Charles Ehlinger, que es el responsable de la misma. Se publica sin ningún «*imprimatur*». Ch. Ehlinger nos da una explicación del hecho: «sin querer adoptar una postura, nos dice, ante los debates, nos ha parecido imposible diferir por más tiempo la edición de la traducción francesa. En efecto, y a pesar de las dificultades sabidas, no conocemos ninguna otra síntesis contemporánea de la fe católica que se dirija a los adultos y que recoja tanta riqueza bíblica y doctrinal unida a una tan grande preocupación de hablar el lenguaje del hombre de nuestros días y de encontrarle en sus problemas. Además, el hecho de que la opinión pública se haya apoderado ya de la cuestión del catecismo holandés, parecía por lo menos conveniente que se hable con conocimiento de causa, queremos decir: texto en mano».

Ch. Ehlinger no sólo nos explica el hecho de la versión francesa, sino que nos da el sentido de la misma. No pretende en manera alguna presentar la versión a los católicos de lengua francesa como una obra que tuviese para ellos el valor de un catecismo, porque solos los obispos pueden tomar la decisión de que un texto tenga valor para los fieles. El epígrafe de *Una introducción a la fe católica*, dice bien el sentido que tiene el libro. Una obra que ha levantado tanto interés en el mundo entero merece que se ponga al alcance de todos.

La reacción del episcopado francés ha sido análoga a la que se produjo con ocasión de las otras dos versiones. No se habían pasado veinticuatro horas de la puesta en venta del libro y ya el Cardenal Lefevre, arzobispo de Bourges, publicaba una nota contra esta edición. Habla en nombre del episcopado francés y habla él precisamente porque él era el presidente de la Comisión Cardenalicia nombrada por Pablo VI. Lamenta la aparición prematura de la obra que reclama, dice, profundas correcciones «pour éviter que des silences, des ambiguïtés, des équivoques ne deviennent un danger pour la pureté de la foi». Notemos que no habla para nada de errores. Añade también que la versión sin *imprimatur* es un hecho inadmisibles de indisciplina frente a la autoridad eclesiástica que lamenta vivamente.

La reacción de la prensa francesa —nos referimos a ciertas publicaciones semanales— lo ha juzgado muy severamente; por algo son de espíritu poco renovador. Tan injustos e irresponsables han sido que alguno de ellos lo ha calificado de "*le livre le plus dangereux de notre temps*"². ¿Cuándo vendrá la versión española? En este como en otros puntos el público español empezará a enterarse de este libro y de sus problemas, cuando en el extranjero sea cuestión olvidada. Siempre con retraso.

Finalidad del catecismo.

No se puede valorar el libro sin haber leído las páginas del prólogo redactado por el episcopado holandés. Teniendo en cuenta la filología del término «catecismo» quieren ellos con esta obra hacer *resonar* el mensaje que Jesús de Nazaret ha portado al mundo. Pero quieren hacer *resonar* este mensaje en toda su novedad y de ahí el título de *Nuevo* catecismo. Efectivamente el libro lleva en sí el deseo de renovación manifestado por el Vaticano II.

Pero desean evitar todo equívoco con esta palabra «nuevo». Si el catecismo es nuevo, no lo es porque se vayan a cambiar algunos dogmas o puntos doctrinales, dejando intactas todas las demás verdades. En este caso, nos dicen, bastaría cambiar algunas páginas del catecismo anterior. Se trata exactamente de todo lo

2. *L'homme nouveau*, 21 julio 1968.

contrario. El mensaje entero, toda nuestra fe queda inmutable; se cambia tan sólo el ropaje externo.

Y esto parece normal, si pensamos que todo el que vive se renueva, sin dejar de ser lo que es. El mensaje de Cristo es un mensaje viviente y por eso este nuevo catecismo representa un esfuerzo de anunciar la fe eterna en un lenguaje y estilo propios de nuestro tiempo. Aquí está una gran novedad.

Es, pues, una síntesis de todo el misterio cristiano bajo la etiqueta de un catecismo, pero un catecismo que en nada se parece a los catecismos que circulan en nuestro días. Mientras que estos se limitan a proponer unas breves fórmulas fáciles de grabar en la memoria, el catecismo holandés, al ser un anuncio de la fe para los adultos, quisiera ser útil a la Iglesia de otra manera: proclamando el mensaje en el lenguaje de nuestro días y aclarar los problemas contemporáneos a la luz del evangelio dentro de un espíritu comunitario.

Alfrink en una conferencia de prensa concretiza:

«Este catecismo ha sido escrito a petición y por mandato de los obispos holandeses. Son los obispos los que ofrecen este libro a la Iglesia de los Países Bajos y a todos aquellos que fuera de la Iglesia les pueda ofrecer algún interés. Los Obispos holandeses han aceptado esta obra como obispos y la transmiten a los fieles; lo hacen evidentemente con la autoridad de su ministerio. Por eso este nuevo catecismo no puede ser considerado como un texto absolutamente libre e independiente que pueda ser discutido a gusto de sus preferencias. Esto no quiere decir que todo el contenido del libro tenga el carácter de la infalibilidad. Es necesario aplicar también aquí las distinciones corrientes cuando se habla de cosas de fe. De todos modos yo espero que los autores habrán encontrado una formulación clara para indicar, por una parte, lo que forma parte de la fe de la Iglesia y que no puede ser negado ni puesto en duda, y por otra lo que está en relación con esta fe de una manera más directa o más lejana. El grado de autoridad difiere según que esta relación es más o menos íntima. Pero como he dicho, continúa diciendo, los obispos se han comprometido con esta obra y la ofrecen como una guía segura a la Comunidad cristiana de los Países Bajos».

Señala después el Cardenal holandés el gran interés que el catecismo ha despertado en el extranjero y las numerosas traducciones en preparación, pero ello no quiere decir que el catecismo vaya a ser un catecismo internacional. Y de ningún modo convendría que lo fuese, ya que la situación de los creyentes es muy diferente en cada país. Un catecismo mundial perjudicaría gravemente la diversidad y pluralidad que es absolutamente necesaria desde un punto de vista pastoral. Como holandeses no nos pertenece el juzgar si nuestro catecismo puede o no puede ser útil a otros pueblos o a otras situaciones. Nos alegramos del interés que provoca, pero solamente en cuanto que puede despertar en otros países la idea de un catecismo para adultos característico de cada país.

Estructura de la obra.

En sus líneas generales la estructura de la obra sigue la progresión de la historia. En la página doce encontramos un resumen que nos da una idea de conjunto. Hay en ella cinco partes:

PRIMERA PARTE:

La existencia del misterio:

1. El hombre se pregunta; 2. Grandeza y miseria del hombre; 3. El mundo en evolución; 4. Un deseo sin medida; 5. La llamada de nuestra conciencia; 6. La llamada del infinito; 7. La falsa nota; 8. El mensaje que nos ha dado.

SEGUNDA PARTE.

El camino que lleva a Cristo.

A. El itinerario de los pueblos:

1. Las religiones primitivas; 2. Las grandes civilizaciones del pasado; 3. El hinduismo; 4. El budismo; 5. El universismo chino; 6. El islam; 7. El humanismo y el marxismo; 8. El Espíritu de Dios en el mundo entero.

B. El itinerario de Israel:

1. Las maravillosas obras de Dios; 2. La palabra de Dios; 3. La Sagrada Escritura.

TERCERA PARTE.

El hijo del Hombre.

1. El que viene a dar testimonio de la luz; 2. El origen de Jesús; 3. Bautismo y tentación; 4. El reino de Dios; 5. Los signos; 6. El Señor nos enseña a orar; 7. Cristo, obediente, nos muestra la voluntad del Padre; 8. El Ungido de Dios reúne la Comunidad; 9. ¿Quién es Jesús?; 10. Subida a celebrar la Pascua; 11. Entrada y estancia en Jerusalén; 12. La última cena; 13. La muerte del Justo; 14. Bajada al reino de los muertos; 15. Yo he resucitado y heme aquí aún con vosotros; 16. La fiesta de Pascua; 17. El que está sentado a la derecha del Padre; 18. Enviaré al Paráclito.

CUARTA PARTE.

El itinerario de Cristo.

1. La Iglesia primitiva; 2. Historia de la Iglesia; 3. La fe nace de la predicación. La conversión; 4. El bautismo; 5. Los sacramentos signos de

vida; 6. La confirmación; 7. El poder del pecado; 8. La redención; 9. Que tengan una vida abundante; 10. La fe; 11. La esperanza; 12. La caridad; 13. La oración del cristianismo; 14. El día del Señor; 15. Las palabras de vida eterna; 16. Eucaristía; 17. El sacerdocio del pueblo de Dios; 18. El sacerdocio pastoral; 19. El segundo mandamiento semejante al primero; 20. Familia y matrimonio; 21. Los consejos evangélicos; 22. Iglesia y Estado; 23. El respeto a la vida; 24. Trabajar en construir la tierra; 25. La posesión en este mundo; 26. La ayuda en la necesidad; 27. Por el simple placer de vivir juntos; 28. En busca de la verdad; 29. El cristiano en falta, el pecado; 30. El perdón.

QUINTA PARTE.

El itinerario hasta el fin.

1. El fin último; 2. Dios.

Juntamente con este resumen y para el buen manejo del catecismo, hay en la página 635-644, otro índice alfabético en el que se indican los puntos esenciales y los lugares donde la obra los trata. Por fin otro índice detallado de materias. Incluso al margen de las diferentes páginas de la obra encontramos señalados con números otros lugares del libro en los que se trata el mismo tema. Es decir, que aún bajo el punto de vista científico, el volumen es admirable.

Valores positivos del catecismo.

Es el primero de ellos el haber resumido con cierta amplitud en un sólo volumen el contenido del misterio cristiano en su realidad integral, esforzándose por poner a disposición de la vida de los hombres su riqueza inagotable. Para ello han utilizado un eficaz vehículo de expresión, el lenguaje vivo que los hombres de nuestros días entienden, un lenguaje también de inspiración bíblica, y han eliminado casi totalmente la dicción abstracta y especulativa tan poco preferida en nuestra época. Y eliminan este lenguaje —además de la motivación de adaptarse a nuestro ambiente— porque para ellos la Tradición de la Iglesia con razón viene considerada, no como un compendio de conceptos y definiciones más o menos logradas, sino como un depósito viviente, el cual para que en realidad sea vital y dinámico debe adaptarse a la mentalidad de cada época. Si los portavoces de la estereotipada teología postridentina quisieran ver en esto minimizar, o lo que sería más grave, vaciar el contenido de la Tradición, se equivocarían lamentablemente. Los autores del catecismo holandés mantienen su fidelidad a la Tradición, pero haciéndola eficaz y vital.

El catecismo holandés es una obra realista de alta pastoral, puesto que busca al hombre en su problemática y sale al paso de la misma ofreciendo una solución.

Y dentro de esta solución tiene un puesto de preeminencia el poner en todo momento a la consideración de los hombres el amor de Dios que en el decurso de toda su larga historia se ha ocupado siempre de ellos. Los autores del catecismo tienen un conocimiento profundo del mundo y del hombre de nuestro siglo y con un fino tacto se esfuerzan por renovarlos cristianamente, inscrustando en su mentalidad y en sus instituciones la fe y la doctrina evangélicas. No es, pues, cierto, ni mucho menos, que esta excelente obra proclame el «secularismo» disociando fe y acontecimientos humanos; el esfuerzo que se ve en toda la obra de preparar al hombre para situarlo en una postura propicia a una dimensión vertical, a un encuentro obediente y acogedor de Dios es a todas luces injusto el negarlo.

Si al lado de la caridad de Dios para con el hombre hubiese otro punto que habría que resaltar, sería precisamente el noble empeño de los autores en superar la disociación entre Iglesia y mundo, entre fe y ciencia. Para ello los autores aceptan las conclusiones de la ciencia humana y tratan de armonizarlas con el mensaje evangélico, con la fe. Les sirve de gran ayuda la exégesis bíblica, bien conocida por ellos. Podemos decir que incluso bajo el punto de vista puramente humano el catecismo de la Iglesia de los Países Bajos es un libro que supone muchísima cultura.

Y no sólo se sirven de las ciencias naturales y humanas y de la exégesis; también hay en el volumen mucha teología, aunque no sea estrictamente un tratado de teología. Lo mismo que en los otros dominios culturales, también aquí en el campo de la teología incorporan las últimas investigaciones del campo teológico muy renovado desde hace unos cuarenta años, renovación sancionada por el Vaticano II. La luz y solución que se dan a los problemas se enmarcan en el cuadro de esta renovación teológica.

Todos podemos constatar, aunque no todos acepten las consecuencias, la transformación profunda del hombre y del mundo con la correspondiente imagen, nueva también, del uno y del otro y con la inevitable nueva problemática a la que la teología, si ha de ser la teología auténtica que lleve al hombre a Dios, debe dar solución. ¿Para qué repetir ante estos problemas fórmulas resabidas, que fueron ideadas para otro contexto histórico y que aplicadas al nuestro son ineficaces? No se pueden repetir sin más y a secas las fórmulas buenas y válidas para otros tiempos, pero que para hoy, sin que digamos que han perdido su valor, no son buenas. La teología de hoy está empujada a una evolución por hechos existenciales y las fórmulas de otras épocas no responden directamente a estos hechos de vida.

Por tanto, en el plan de una nueva teología debe adoptarse una terminología frente a estos nuevos hechos existenciales y también frente a conceptos tradicionales que tienen hoy en el diccionario otros vehículos de expresión que sólo con éstos pueden ser entendidos por el común de los fieles. La teología, por su misma tarea intrínseca, no debe apuntar directamente al teólogo, sino al fiel. Ahora

bien, el teólogo, acostumbrado por su profesión a leer críticamente, incluso el Magisterio de la Iglesia para situarlo en las circunstancias históricas en que nació, e incluso preparado con una cultura teológica, conoce bien las fluctuaciones de la historia y sabe, por ejemplo, que la continuidad en la manera de expresar la verdad de la fe no es rectilínea, porque ha habido en ello históricas discontinuidades.

No desconoce tampoco que unas mismas palabras usadas en distintas circunstancias históricas han sido el vehículo de expresión para designar la ortodoxia y para indicar la herejía. Es típico y clásico en nuestros días el siguiente ejemplo. En el credo de la misa la comunidad de vida y al mismo tiempo la unidad de existencia entre el Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad la expresamos con la siguiente fórmula: «de la misma naturaleza que el Padre». Ahora bien, esta formulación fue rechazada por el concilio de Nicea con el «homoousios». Jesucristo no es de la *misma naturaleza* del Padre, o semejante, sino de naturaleza *idéntica*. Con la misma fórmula expresamos hoy una verdad y antiguamente un error. El teólogo sabe también los continuos cambios en la disciplina de la Iglesia y sabe situar en su ambiente histórico, y esto sin gran esfuerzo, las diversas formulaciones teológicas. Pero el laico, el cristiano de cultura media en nuestro mundo occidental no está capacitado para ello, porque no domina la cultura greco-latina; su cultura es la de hoy y por eso las fórmulas clásicas, o no les dicen nada, o bien tienen un sentido totalmente diverso del que quieren darle los que viven principalmente de la cultura greco-latina. Es clásico también aquí el término «sustancia», de significación tan distinta en la teología clásica y en nuestros días; estamos en la ambigüedad.

Un hombre de hoy, para ser cristiano, no es necesario que sea un hombre de la Edad Media. Y por eso el catecismo holandés adopta una postura a cierta distancia de la terminología de signo aristotélico, sin que signifique desprecio o menosvaloración del mismo. Pero con buen criterio los autores piensan que la teología en su evolución no puede contar ya con muchas de estas fórmulas sin correr el riesgo de hacer más obscura la fe al cristiano de nuestros días y mucho más al que no lo es.

Con este criterio los autores del catecismo holandés nos dicen que el mensaje cristiano es un campo en el que cabe la nueva investigación y para nuevos puntos de vista que pudieran manifestar mejor su inagotable riqueza. Por eso ellos no piensan que su manera de expresar el mensaje sea la única y la mejor; las páginas del catecismo sólo quieren ser fieles a la revelación actualizándola de una manera más adecuada a nuestra época y que sin duda han conseguido. Ciertamente es un gran valor, como lo es también su preocupación ecuménica y su método inductivo.

Por fin el catecismo holandés es una renovación en esta clase de obras, que, como nos dice el Cardenal Alfrink, pueden despertar en los episcopados de otras naciones una idea útil para sus respectivas Iglesias. No hemos de omitir

tampoco el enfoque, la estructura de la obra tan realista y tan psicológica a la vez. Estas y otras grandes cualidades de la obra deberían ir por delante antes de intentar un juicio condenatorio. Es un deber de justicia.

¿Contiene errores el catecismo?

Ya hemos dicho antes como las comisiones romanas han presentado dos listas de puntos que necesitaban estudio; una de ellas se refiere a los temas de más consideración y la otra a lugares más secundarios. Es de lógica elemental preguntarse si en realidad hay errores. Como el libro está en estudio oficialmente, nos limitamos a hacer historia, sin tomar posición.

La primera observación que en justicia debe hacerse es que las Comisiones romanas encargadas de juzgar este valioso libro ha tenido que reconocer que en una gran parte el catecismo ha conseguido con éxito lo que pretendía: una síntesis de la fe católica adaptada a los creyentes de nuestros días. Esta parte positiva de la obra —que creemos han resaltado muy poco— viene luego sombreada con una valoración negativa: los temas sometidos a exámen, que son casi los únicos que, injustamente, se han aireado.

El interrogante, tanto de la prensa como del público, insiste en su pregunta de saber si en realidad el catecismo contiene herejías. La respuesta es unánimemente negativa, aún la de aquellos que más significan su oposición al libro. Una pregunta en tal sentido está fuera de propósito.

¿Errores? Las autoridades que lo juzgan en sus apreciaciones hechas públicas nunca han hablado de errores. Su perspectiva es ésta. Pretendiendo el libro presentar a los fieles una guía segura en la doctrina de la fe, un anuncio del mensaje cristiano avalado con la autoridad del Episcopado parece, según las Comisiones, que ciertas formas de tratar o de hablar, y a veces de omitir, no reflejan la doctrina segura de la Iglesia, bien sea porque no dan más que parcialmente el sentido, callando datos importantes, o bien porque los tratan un tanto a la ligera.

En sustancia, las objeciones son del orden de la formulación; en su opinión hay fórmulas insuficientes o inadecuadas para expresar íntegramente la enseñanza católica. Estas fórmulas son las que deberían perfeccionarse.

Los autores del catecismo creen que tanto el contenido como la formulación son fieles a la Tradición, pero tampoco se obstinan en su punto de vista desde el momento en que han redactado otra nueva formulación, que tampoco ha sido aceptada por las Comisiones. Los autores del catecismo, y otros con ellos, acusan a sus jueces de querer imponerles una teología romana. ¿Será verdad?

Insisten asimismo las Comisiones en la inserción de textos del Vaticano II, o que utilicen fórmulas cercanas, lo más posible, a las del Concilio. La Comisión holandesa responde que su obra pretende ofrecer una síntesis de la doctrina católica para adultos partiendo de dos hechos: fidelidad a la fe y al estado actual de la teología y de la catequesis. Así están los problemas.

Situación difícil para el Episcopado holandés a quien corresponde ahora, después de la decisión de la Comisión romana, la última palabra. A principios de septiembre de 1968 el Episcopado holandés no se había todavía definido. Pero tómese la decisión que se tome, un hecho es indiscutible: que el Episcopado holandés ha captado una necesidad real de una obra de este género y ha sabido responder a ella. El éxito del libro no tiene vuelta de hoja. Un Episcopado que hace viviente el mensaje de Cristo.

Decisión de la Sede Apostólica.

Escritas estas líneas ha aparecido oficialmente la decisión de la Sede Apostólica ³. Contiene esta decisión una parte histórica y otra doctrinal. En la primera se relata brevísimamente la historia de lo acaecido y en la doctrinal se indican los puntos que deben corregirse.

En este documento más bien se recargan las tintas sobre la parte negativa de la obra. Con todo no deja de reconocerse las grandes cualidades del catecismo en su aspecto pastoral, litúrgico y bíblico, así como el laudable propósito de proponer el mensaje cristiano en un lenguaje adaptado a la mentalidad de nuestros días. Se censura de un modo general el que los autores utilicen excesivamente las opiniones de algunos exegetas sobre la infancia de Jesús referida por Mateo y Lucas. Según este documento los autores del catecismo se atreven a proponer, non sine laesione fidei catholicae, nos dice el documento, el que los fieles no crean en el misterio de la concepción virginal de Jesús en su realidad a la vez espiritual y corporal, sino solamente en su cierta significación simbólica. Ocupándose ya de temas concretos y más estrictamente doctrinales se pide a los responsables del catecismo holandés una reforma en los siguientes puntos:

1. Se ha de enseñar en él que Dios no sólo es creador del mundo sensible, sino de los ángeles también y de la creación inmediata del alma.

2. Debe exponerse también con fidelidad la doctrina de la Iglesia acerca del hombre según la cual desde los comienzos de su existencia se rebeló contra Dios perdiendo para toda su posteridad la santidad y justicia en que había sido constituido y transmitido a sus descendientes, por la propagación de la naturaleza humana, un verdadero estado de pecado. En consecuencia debe evitarse cualquier exposición en la que se insinúe o se diga que el recién nacido contrae el pecado original bajo el influjo de la comunidad en que nace, porque en ella reina el pecado.

3. El catecismo debe retener la virginidad perpetua de María por estar fundamentada en la Tradición y en la Escritura; por lo mismo no es aceptable ver en ella únicamente una significación simbólica, por ejemplo, la suma gratuidad con que Dios nos ha dado a su Hijo.

3. *Commissio cardinalitia de "novo catechismo" ("De nieuwe Katechismus")*, en AAS 60, 1961, 685-691.

4. Debe proponerse sin ambigüedad la enseñanza sobre la satisfacción de Cristo, ya que pertenece a nuestra fe.

5. Ha de afirmarse con claridad que Jesús se ofreció a su Padre por la reparación de nuestros pecados como víctima santa agradable a Dios. El sacrificio de la cruz se perpetua en la Iglesia mediante el sacrificio eucarístico. En la celebración eucarística Jesús se ofrece a Dios como sacerdote principal mediante la oblación consecratoria, oblación que realizan los sacerdotes y a la que se unen los fieles. Esta oblación sacrificial se completa con la comunión, en la cual la víctima ofrecida a Dios se toma como alimento para que los fieles se unan a Dios y entre sí mediante la caridad.

6. Es necesario que en el texto del catecismo se afirme sin lugar a dudas que después de la consagración del pan y del vino el mismo cuerpo y sangre de Cristo están realmente en el altar y que se recibe en la comunión, de tal modo que quienes debidamente preparados se acercan a esta santa mesa se alimentan espiritualmente con el Señor Jesús. Debe explicarse asimismo que el pan y el vino, en su realidad profunda (no sólo fenomenológica) se convierten en el cuerpo y sangre de Cristo, de tal modo que donde existen las apariencias de pan y de vino, allí está la humanidad de Cristo unida a su divina persona. Terminada esa admirable conversión que la Iglesia denomina *transustanciación*, las apariencias de pan y vino que se reciben en la comunión, precisamente porque contienen y designan realmente al mismo Cristo, adquieren ciertamente una nueva significación y un nuevo fin. Pero tienen este nuevo fin y esta nueva significación, porque se ha realizado la transustanciación.

7. Dígase con claridad en el catecismo que la infalibilidad no sólo confiere a la Iglesia una no desviación en la investigación, sino la verdad en la doctrina de fe para conservarla y para explicarla siempre en el mismo sentido. Asimismo no se permita que los lectores del catecismo piensen que el entendimiento humano tan solo se queda con las expresiones verbales o conceptuales del misterio revelado; dígase más bien que el entendimiento humano mediante sus conceptos, aunque «per speculum in aenigmate» y «ex parte», como nos dice S. Pablo, puede de un modo real y verdadero captar el misterio.

8. Debe evitarse el menosvalorar la grandeza del sacerdocio ministerial; tanto este sacerdocio como el sacerdocio común de los fieles son una participación del sacerdocio de Cristo, pero se distinguen no sólo en grado, sino en esencia. Al describir el ministerio de los sacerdotes póngase de relieve que su mediación entre Dios y el hombre no se ejerce tan solo por la predicación, por la instrucción a la comunidad cristiana y por la administración de los sacramentos, sino también y de modo especial al ofrecer en nombre de toda la Iglesia el sacrificio eucarístico. Debe poner en evidencia el catecismo que la potestad de enseñar y regir en la Iglesia ha sido dada directamente al Sumo Pontífice y a los obispos en comunión jerárquica con él y no primeramente al pueblo de Dios como medio de trans-

misión. El oficio, por tanto, que detentan los obispos no es un mandato comunicado por el pueblo, sino un mandato recibido directamente de Dios en beneficio de la comunidad cristiana. Póngase también claro que el Sumo Pontífice y los obispos no sólo sancionan aquellas cosas que toda la comunidad cristiana cree. El pueblo de Dios, movido precisamente por Espíritu Santo y bajo la dirección del magisterio, a quien compete guardar, explicar y defender auténticamente el depósito de la fe, acepta indefectiblemente la palabra de Dios. Finalmente, la potestad por la que el Sumo Pontífice dirige la Iglesia, hay que proponerla de tal modo que aparezca con claridad que esa potestad es plena, suprema y universal, potestad que como Pastor de toda la Iglesia puede ejercerla libremente.

9. Se exhorta a que se hable con más precisión al hablar de Dios en su trinidad de personas, en la eficacia de los sacramentos, en los milagros, así como de las almas de los justos que debidamente purificados, gozan la visión de Dios ya antes de la resurrección final.

10. En problemas morales se ruega más exactitud en la existencia de las leyes morales y en los temas matrimoniales.

De este modo la Sede Apostólica ha dado por terminado este delicado problema del catecismo holandés. El episcopado de los Países Bajos ha aceptado la postura de Roma. No sabemos si el Centro Catequético de Nimega ha tomado la misma decisión.

Versión española.

Estando en prensa este trabajo, nos llega la versión castellana y catalana del catecismo holandés. Lo edita la casa Herder con este epígrafe: *Nuevo catecismo para adultos. Versión íntegra del catecismo holandés*, Barcelona, 1969. La versión castellana la hace Daniel Ruiz Bueno sobre el original holandés.

Hay hechos que son irreversibles y uno de ellos es la publicación de esta interesante obra al castellano. Conocida ya del lector inglés, del alemán y del francés no era posible el que la desconociese el lector hispano. Ahora cualquier español —libro en mano— pueda juzgar por sí mismo y sin intermediarios en el vehículo de su propia lengua la problemática del catecismo.

El hecho irreversible no se aplica tan solo al fenómeno de la publicación, sino también a otro íntimamente unido con una obra religiosa: el *imprimatur* de la autoridad competente. En las otras tres lenguas cultas se editó sin el visto bueno de los respectivos obispos y esto mismo se ha hecho en España. Fenómenos en cadena irreversible. En España se repite también el mismo hecho que en Inglaterra, U.S.A., Alemania y Francia: la *nota* de protesta del Episcopado. La explicación que se da en la edición francesa y castellana de esta ausencia del «*imprimatur*» es prácticamente idéntica: ya no se podía esperar más tiempo a que el lector conociese por sí mismo los problemas que plantea este libro. Y por eso se ha publicado también en castellano y catalán.

En España la nota de protesta del Episcopado ha sido doble: una con fecha 23 de abril y otra en mayo. El texto de la primera es éste: «Se ha publicado, en estos mismos días, por una casa editora de Barcelona, la edición castellana y la edición catalana del llamado «Nuevo catecismo para adultos. Versión íntegra del catecismo holandés». El «Nuevo catecismo» se ha publicado, no sólo sin licencia eclesiástica, sino contraviniendo a las indicaciones del Episcopado holandés y a las serias advertencias que el Episcopado español, por propia iniciativa y a requerimiento de otros Episcopados de habla española, hizo oportunamente a la empresa editora, en conformidad con la voluntad públicamente manifestada por la Santa Sede. Sobre otras versiones de dicho «Nuevo Catecismo» han manifestado ya su disconformidad y desaprobación otros Episcopados europeos. Y la Santa Sede se ha esforzado, pacientemente y de muy diversas maneras, y por último, mediante una Comisión cardenalicia internacional, por corregir aquellos lugares del «Nuevo catecismo» que más inexactos, incompletos o peligrosos aparecen. No obstante lo que antecede, el «Nuevo catecismo» ha salido publicado en castellano y en catalán, con el texto intacto de la edición original, sin más novedad que la inclusión, que estimamos absolutamente insuficiente, de un apéndice con la parte doctrinal de la *Declaración de la Comisión cardenalicia internacional*.

Por las razones antedichas nos consideramos obligados a desautorizar y reprobamos públicamente un libro que, como se ha publicado, es inadmisiblemente y convenientemente corregido, hubiera podido ser de positiva utilidad. Madrid, 23 de abril de 1969. El Comité de la Conferencia Episcopal Española. (En *Ecclesia*, 3-V-1969, p. 619). La segunda nota procede de la Comisión permanente de la Conferencia Episcopal Española que ratifica el contenido de la nota anterior.

En la versión castellana se han tomado unas precauciones que no tienen otras versiones, por haberse publicado, naturalmente, aquella con posterioridad a estas. Fundamentalmente estas precauciones son dos: se edita en el apéndice II (pp. 497-502), la parte doctrinal redactada por la Comisión cardenalicia y aparecida en el AAS (cf. nota 3). Con esto el lector avisado puede formarse una conciencia de los problemas tal como se plantean por una y otra parte. La segunda precaución se refiere a la publicación en versión castellana de la obra de J. Dressen, *Diagnosís del catecismo holandés. Estructura y método de un libro revolucionario*. Aunque aparentemente más marginal es, sin embargo, más eficaz. Hoy el lector español puede —catecismo en mano— opinar por su cuenta mejor que con las ediciones en otras lenguas. El fenómeno también se repite: los ejemplares se venden excepcionalmente.